

Precursores de Wells y Kafka: dos parábolas simbolistas



Nota introductoria y traducción
de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, 2020

Refiriéndose a Franz Kafka, Jorge Luis Borges señaló atinadamente que todo gran escritor crea sus precursores. Gracias a una obra que se hace famosa y, de esta manera, consagra un asunto o un planteamiento literario, se (re)descubren obras con características similares que habían pasado desapercibidas o cuya originalidad no se había advertido hasta después de que el escritor posterior más famoso no la reconociera expresamente, cosa que no ocurre a menudo. Para suplir estos olvidos, uno de los cometidos de la investigación filológica es señalar posibles fuentes de la obra maestra consagrada, a fin de facilitar la comprensión del valor propio de los posibles precursores, aun en los casos en que una influencia directa sobre el autor genial posterior no sea demostrable documentalmente. La propia obra de Borges ha sido objeto de este tipo de investigaciones, lo que es natural si se considera que él mismo insistió en las consecuencias de revalorización literaria que entraña a menudo la noción de precursores así recuperados. También su inmensa cultura libresca confiere cierta verosimilitud al hecho de que sí hubiera podido conocer la obra de numerosos precursores, algunos incluso ya oscuros en su época. Cabe recordar que Borges concluyó sus estudios de bachillerato en Ginebra en 1918, en una edad que siempre es clave para el crecimiento intelectual: Max

Aub solía decir que «uno es de donde hace el bachillerato». Es muy probable que Borges se hiciera allá con una amplia cultura francófona que luego simuló despreciar o ignorar a consecuencia de su anglomanía, pero su escritura narrativa, sus temas especulativos y su tratamiento se parecen sobre todo a los adoptados en los círculos simbolistas, sobre todo los francófonos. Por lo demás, su caso no es excepcional.

El movimiento decadentista-simbolista, que ahora solo parece pervivir por su lírica, también produjo, tanto en Francia como en otros países, innumerables obras maestras de fantasía metafísica y especulativa que pudieron influir incluso en autores que la historia literaria oficial clasifica en otras corrientes literarias, adelantándose a ellos. Dos ejemplos de precursores no señalados hasta ahora, que sepamos, son Édouard Ducoté (1870-1929) y Arturo Graf (1848-1913), que publicaron sendas parábolas simbolistas hoy desconocidas cuyos asuntos coinciden en gran medida con los de dos parábolas posteriores mercedamente reputadas como obras maestras de dos grandes clásicos del siglo XX, a saber: «The Country of Blind» [*El país de los ciegos*] (194/1911/1939), de H. G. Wells (1866-1946), y «Vor dem Gesetz» [*Ante la ley*] (1915), de Franz Kafka (1883-1924). Naturalmente, también hay diferencias entre ellas, como no podía ser menos, pero



Precursores de Wells y Kafka: dos parábolas simbolistas

su comparación puede arrojar luz sobre sus curiosas semejanzas. Estas justifican que se pueda tener a aquellos cuentistas románicos por precursores de estos germánicos¹, sin que se suponga por ello que haya existido una influencia directa. Si bien Wells leía seguramente el francés, se sabe que Kafka afirmaba ignorar el italiano, y los relatos de Graf no se tradujeron. Si son precursores, lo son porque hubo una anterioridad suya en el tratamiento de unos temas que debían de «flotar» en el ambiente cultural de la época, cuando el gusto por el símbolo volvió a poner de moda el género de la parábola, debido al procedimiento analógico adoptado por esta y a la multiplicidad de sus posibles significados.

El argumento de «The Country of the Blind» es bien conocido. Un explorador llega a un valle suramericano aislado en el que se había refugiado un grupo de personas. Una enfermedad los había vuelto ciegos y esta ceguera era hereditaria. Con el paso del tiempo, este pueblo de invidentes desarrolla una civilización adaptada a la falta de este sentido, cuyo recuerdo incluso acaba por perderse. En su valle solitario, creen que son las únicas personas del mundo hasta que llega aquel explorador, que decide aprovechar su capacidad física de visión para enseñarles lo visible que los lugareños ignoran y gobernarles con lo que considera sus superiores luces físicas y mentales. Pronto se da cuenta de que los ciegos están bien adaptados a su medio y que no se van a dejar «iluminar», ni mucho menos gobernar por él. No le quedará más alternativa que dejarse reventar los ojos para poder integrarse en su sociedad o huir de esta. La

¹ La denominación se refiere exclusivamente a la clasificación lingüística de estos autores atendiendo al idioma en que están escritas sus obras.

narración tiene una clara dimensión de parábola de orden tanto moral como político. Se ha señalado a menudo su carácter de crítica frente a la actitud imperialista que justificaba la empresa colonial por la conveniencia de elevar a los pueblos considerados atrasados o primitivos al desarrollo tecnológico y social de los países occidentales u occidentalizados. La actitud del protagonista se ajusta a esa mentalidad coetánea y su fracaso estimula una lectura como mínimo irónica del imperialismo. Por otra parte, esto no excluye tampoco un juicio moral implícito de condena de la obcecación y la ignorancia satisfecha que caracterizan a una cultura aislada y reacia al cambio, que formatea a sus miembros hasta el punto de impedir que cuestionen sus prácticas y saberes erróneos. La historia del país de los ciegos es también la del oscurantismo triunfante, literal y metafóricamente. Eso también ocurre en el relato francés precursor.

El argumento de «La ville aux aveugles» [*La ciudad de los ciegos*] (*Aventures* [*Aventuras*], 1897)², de Ducoté, está menos circunstanciado que en la novela corta de Wells, cuya técnica narrativa es la de la ficción de aventuras, en su modalidad más famosa entre las especulativas en aquel período, la de mundos perdidos. En cambio, la ciudad de los ciegos de Ducoté es un espacio simbólico, cuya misma vaguedad espaciotemporal indica que no se trata de una geografía real, sino de otra dictada por consideraciones filosóficas. No obstante, la descripción de la ciudad y de sus habitantes ciegos es muy detallada, con abundancia sobre todo de imágenes visuales. Estas le confieren una notable

² La traducción se basa en el texto de la primera edición, que se puede consultar en Gallica: Édouard Ducoté, «La ville aux aveugles», *Aventures*, Paris, Société du Mercure de France, 1897, pp. 87-98.



Precursores de Wells y Kafka: dos parábolas simbolistas

fuerza plástica, en el marco de una estética del ornamento retórico propia de la prosa simbolista, que contrasta con la sobriedad naturalista de la narración well-siana, tal como corresponde a los planteamientos divergentes de la escritura ficcional en el autor inglés y de la épico-fantástica en el francés. En cuanto al asunto propiamente dicho, las similitudes son mayores que las diferencias. El narrador en primera persona del cuento de Ducoté es también un explorador que ha alcanzado, tras muchos esfuerzos, la ciudad paradisíaca anhelada, el término de sus ambiciones vitales. Exteriormente, la ciudad no lo decepciona. Bajo una luz sobrenatural, su belleza extraordinaria se extiende tanto a lo natural como a lo construido, pero pronto lo embarga la decepción también a él. El interior de los palacios es sucio y tenebroso, y los habitantes que encuentra son todos ciegos. A diferencia de los de Wells, se muestran desamparados, lo que se explica por el motivo de que su ceguera es reciente. Unos sabios extranjeros los habían sacado de sus antros para mostrarles la luz y esta los había deslumbrado para siempre. El explorador se ofrece a guiarlos y a seguir enseñándoles la luz y todo lo bello y bueno que permite percibir, pero los ciegos lo rechazan airados. El explorador se instala en la ciudad, pero el destino de quienes han renunciado a su enseñanza le es ya indiferente. Desde su punto de vista, se lo merecen. Nunca se cuestiona lo bien fundado de la «colère charitable» [cólera caritativa] de los sabios que habían arrancado a los habitantes de sus casas por razones bienintencionadas, a pesar de las consecuencias terribles que se describen, para luego dejarlos abandonados.

A diferencia de los ciegos de Wells, activamente oscurantistas, los de Ducoté aparecen más bien como víctimas, y su rechazo de la ayuda del vidente se entiende

como una reacción humana comprensible ante aquellos que habían faltado a su deber de difundir el saber y la consiguiente felicidad. Es verdad que no habían tenido la iniciativa de salir de la oscuridad de sus habitaciones, pero si los sabios habían actuado de manera análoga a como los colonizadores occidentales habían expuesto la civilización moderna a quienes la ignoraban, su sabiduría no parece ir acompañada de una moral del mismo nivel. Aunque fuera por egoísmo y ansias de poder, el explorador de Wells intenta cambiarlos para salvarlos de su cerrazón intelectual causada por la física y el aislamiento. El egoísmo del protagonista de Ducoté recuerda más bien al de las potencias occidentales que, después de dar a conocer a los pueblos preindustriales la tecnología y el orden administrativo del Estado moderno, se desentendieron luego de asumir su responsabilidad, prefiriendo más bien que se las apañaran solos en el persistente caos postcolonial. Tras sacar a los nativos de sus casas oscuras, se los deja para que se las apañen como si la modernidad pudiera asimilarse con solo salir a la calle al sol y sin pensar en las consecuencias. En lo que coinciden Wells y Ducoté a este respecto es en el inmenso poder de la ignorancia, en ambos casos simbolizada por la ceguera colectiva, especialmente si es voluntaria. En ambas parábolas, el proverbio fundamental no es «en el país de los ciegos, el tuerto es rey», sino «no hay peor ciego que el que no quiere ver», aplicado a una comunidad determinada y no a una persona. Ambas son parábolas sociales, a diferencia de las de Graf y Kafka, que abordan más bien cuestiones de iniciativa individual, pese a las apariencias en el caso del escritor germánico.

Kafka narra con magistral concisión la vida de un campesino que pretende cruzar una puerta para acceder a la ley, pero se lo impide un guardián de aspecto amena-



Precursores de Wells y Kafka: dos parábolas simbolistas

zante, ante el cual aquel aguarda a que se digne abrirle hasta que envejece y muere, sin atisbar otra cosa de la ley que un resplandor. Esta inútil espera ante una autoridad inexplicable se ha interpretado como una parábola de la maquinaria administrativa y legal que se impone al individuo, sobre todo al menos preparado para afrontarla. Esta interpretación social, que es perfectamente válida, no se opone a otra existencial, centrada en el absurdo de la vida humana, que transcurre a menudo de manera frustrante y a cuyo término el acceso a un mundo mejor, al mundo esplendente de la ley trascendente, queda también frustrado en definitiva. A un nivel quizá menos filosófico, la comparación de la parábola kafkiana con otra también centrada en una puerta cuyo cierre impide acceder a una realidad mejor puede orientar la lectura de la primera hacia una dimensión de psicología simbólica.

Esta parábola precursora se titula «La porta serrata» [*La puerta cerrada*] (*Ecce homo*, 1908)³ y su autor, Arturo Graf, adoptó una escritura simbolista que guarda con la de Kafka una relación análoga a la de Ducoté con Wells. Pese a su brevedad y al carácter indefinidamente alegórico de sus dos personajes, la de Kafka insiste en detalles de observación realista que confieren a su sintético universo ficticio una verosimilitud de una clase muy distinta a la buscada por Graf. En «La porta serrata», el paisaje a los dos lados de la muralla de tamaño sobrenatural (llega hasta el firmamento) es un *locus amoenus* natural escasamente individualizado, pese a la belleza lograda en la ex-

presión de pormenores representativos (árbol, ave, etc.). No obstante, se sugiere que el espacio al otro lado de la puerta puede llevar a una vida superior o, al menos, renovada, como indica la imagen final del sol naciente. Así se podría explicar el empeño del innominado y simbólico «uomo» [hombre, en el sentido genérico de ser humano] por derribar la puerta cerrada que le impide el paso. La viva fuerza no le permite conseguir su propósito. Únicamente reconcentrarse en sí mismo, con calma, hará posible el movimiento psicológico que le otorga el poder de abrir la puerta con solo pedirlo. En cambio, el campesino de Kafka no cambia nunca de estrategia, sino que insiste en vencer el obstáculo que supone el guardián repitiendo estúpidamente actos que ni le cambian a él, ni al guardián. Si la puerta de la ley le estaba destinada únicamente a él, ¿no habría pensado que su verbalización de ese destino le habría permitido franquearla? Y, de haber pensado en su ser en vez de hacerlo en el ser de la puerta, ¿no podría haberle llevado esto al menos a renunciar a una empresa imposible y volver sus esfuerzos hacia la aceptación de sí mismo y del mundo como es, tal y como hace el hombre de Graf? Esta había alcanzado así el estado anímico necesario para poder traspasar el obstáculo, mientras que la tragicómica obstinación del campesino por exigir la ley, sin hacer nada realmente por merecerla, puede ilustrar una lección sugerida asimismo por las parábolas de Ducoté y Wells: la lección universal de que la plenitud intelectual, espiritual y material no se alcanza persistiendo en el error, ya sea este individual o colectivo.

³ La traducción sigue la edición siguiente, que puede encontrarse en archive.org: Arturo Graf, «La porta serrata», «Parabole», *Ecce homo*, Milano, Fratelli Treves, 1908, pp. 193-262, en las pp. 259-260.

Édouard Ducoté

La ciudad de los ciegos

A Jacques des Gachons

Cuando, a costa de una juventud consumida en las fatigas de trabajos vacilantes e infructuosos, me fue dado alcanzar la cumbre de la montaña sagrada y de columbrar, al pie de la ladera desconocida, la ciudad, término de mis nobles ambiciones, caí de rodillas en el suelo y di gracias a la Divinidad.

Las faldas de la montaña, cubiertas de flores, descendían suavemente hasta el mar y, a lo largo de este, se escalonaban palacios rodeados de jardines. Una luz sobrenatural que no procedía del resplandor injurioso del sol, pero que vencía en brillo al de ese astro, envolvía las cosas de un celeste radiante.

No haré una descripción más detallada de esta visión. La lengua humana sería incapaz de hacerlo. Las palabras solo saben representar los aspectos de este mundo y nada de aquí abajo es comparable al espectáculo que se ofrecía a mi admiración.

Bajé hacia esa tierra en la que iba a vivir desde entonces. La alegría arrebató mi ser; me parecía haberme vuelto una persona distinta. Caminaba sin cansarme y respiraba un aire ligero, lleno de vivificantes perfumes. Mis sentidos más sutiles experimentaban impresiones ignoradas y, de la misma manera que mis ojos contemplaban lo que en otro tiempo les habría sido imposible mirar, mis oídos se llenaban de la música desconocida del ritmo de la vida universal. Todo era para mí motivo de admiración: el cielo, el mar, la vegetación de los jardines y, en fin, la ciudad a la que me acercaba.

Pronto pisé el pavimento de mármol y me extasié ante la arquitectura de los palacios y la espléndida disposición de las

calles y las encrucijadas. ¡Momento demasiado breve! Trágicos objetos abrumaron mi corazón de piedad y terror.

Vi como se aproximaban varios de los habitantes de la ciudad. Titubeaban y se bamboleaban como borrachos; tropezaban con los muros, chocaban unos con otros, caían, volvían a levantarse y a caminar, precedidos por sus manos tendidas. Eran ciegos. Sus rostros eran la imagen de la inquietud y el dolor; sus ojos completamente abiertos eran vítreos, inmóviles en el círculo sangriento de sus párpados.

Y ya no pensaba yo en admiraciones; no podía arrancarme a la apariencia de esos horribles paseantes, preguntándome cómo el creador de tantas maravillas había negado su vista a los pobladores. Dudé de su bondad, olvidadizo del favor que me había concedido.

Deambulaba en todas direcciones en medio de ese pueblo lamentable. Había quienes yacían, descalabrados, allí donde habían caído y gemían; otros se quedaban sentados, crispando los puños y mordiendo los labios; otros blasfemaban con gestos de rebelión. A la orilla del mar, vi caer a varios en las olas; se debatían antes de hundirse. No les tuve lástima; más les valía quedar así liberados.

Cuando los ciegos se encontraban, advertidos por el ruido de sus pasos al arrastrarse, se interpelaban y preguntaban mutuamente el camino de su casa; entonces entendían que los otros también lo ignoraban y se separaban entre injurias. Al oírme pasar, varios me pidieron que los guiara, pero cuando me ofrecí a acompañarlos, enmudecieron de repente; les era imposible indicarme su morada, y se alejaban de mí, desesperados.



Precursores de Wells y Kafka: dos parábolas simbolistas

Como este misterio me sumía en el asombro, me entró la curiosidad de penetrar en unos de esos palacios, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Me interné bajo una bóveda y pronto se borraron los últimos rayos de luz diurna. Debí dirigirme a tientas en medio de una noche impenetrable: todas las ventanas habían sido tapiadas. Estaba helado de frío y asqueado por el olor inmundado que apestaba los cuartos cerrados. Me extravié en el dédalo de aposentos desiertos y me costó mucho trabajo volver a encontrar mi camino. Temblando y sintiendo náuseas, visité por turno varias viviendas, todas ellas parecidas, negras, frías y deshabitadas.

Atravesaba una puerta cuando un ciego me suplicó que lo llevara a su casa. Lo cogí del brazo y le dije:

—No te preocupes; te acompañaré a tu casa; todas las viviendas de la ciudad se parecen y cualquiera podría ser la tuya. En balde te preguntaría, igual que a todos quienes imploran de mí el mismo servicio, dónde vives exactamente; no sabrías responderme.

—Es verdad —replicó él con tristeza—, no sé dónde está mi casa. Nunca había salido de ella cuando me echaron y al punto me quedé ciego. Feliz tú que sabes de dónde vienes, adónde vas, tú que puedes saciarte del espectáculo de la luz y la naturaleza. Pero ahora se me ocurre: ¿qué clase de hombre eres tú, que no estás privado, como todos nosotros, del uso de tus ojos? ¿No eres uno de esos enemigos que han causado nuestra desgracia irreparable?

Su voz se llenó de odio e intentó alejarse de mí. Yo lo sujeté.

—No entiendo ni una sola de tus palabras —le dije—. He llegado hace poco de un país muy distinto a este; toda mi juventud transcurrió anhelando alcanzar algún día esta ciudad, pero el soplo del espanto ha acabado con mi admiración.

Explícate: ¿quiénes son los enemigos de que hablas?

—Sentémonos un momento —respondió—. Estoy cansado de llevar al azar mis pasos inseguros. Puesto que te compadece, te contaré nuestro infortunio.

»Vivíamos felices en nuestras casas cerradas cuando un tropel de hombres, llegados como tú del otro lado de los montes, holló el suelo inviolado de nuestras calles y desgarró con sus gritos la virginidad del silencio. Oímos sus exclamaciones de admiración y nos burlamos de ellos en nuestro fuero interno. Ellos se asombraron de encontrar las calles desiertas y llamaron a nuestras puertas, invitándonos a compartir su felicidad. Eran, según decían, sabios, pero era jactancia, porque han hecho de nosotros lo que somos. Como no respondíamos, se irritaron y, animados por una cólera caritativa, derribaron los batientes, entraron en nuestros aposentos y nos hicieron avanzar delante de ellos, pese a nuestra resistencia. Y cuando franqueamos el umbral, el grito de estupor que lanzamos ante la belleza que nos había sido revelada se tornó un aullido de padecimiento. El resplandor de la luz había quemado nuestros ojos, acostumbrados a la oscuridad. Y los sabios, creyendo nuestro clamor una explosión de alegría, se marcharon sin volver la cabeza, orgullosos de su obra.

—Ay —le dije—, ¿qué persona generosa no habría convidado a sus semejantes a esta contemplación de la que gozaba? Pero ¿por qué os habíais privado de ella vosotros mismos?

—Nos complacíamos en nuestros palacios sólidos y sombríos, y no concebíamos más felicidad que la nuestra.

—No os quejéis. Habéis cambiado la noche por la noche.

—Pero la fugitiva visión nos ha llenado de pesadumbre sin remedio.

—Expiáis vuestra felicidad cobarde. No os habéis atrevido a abrir vuestras venta-



Precursores de Wells y Kafka: dos parábolas simbolistas

nas y habéis despreciado la luz que iluminaba un panorama incomparable. Esas personas que llamáis enemigas vuestras no estaban locas. Cumplieron con su deber de caridad, pero las buenas acciones se vuelven contra quienes no las merecen.

El ciego volvió hacia mí su pálido rostro; vi como corrían las lágrimas de sus párpados sangrientos. Me embargó una inmensa piedad hacia él. Y me esforcé por consolarlo.

—Dame la mano —le dije—. Te pasearé por la ciudad y mis palabras entusiasmadas crearán en tu alma las imágenes que no puedes percibir.

Me escuchó un instante y respondió luego:

—Déjame solo. Tus palabras son inútiles, porque no quiero creer en ellas; exacerbarían mi desesperación en vez de aplacarla. Tu caridad me es cruel.

No quise abandonarlo, pero se puso furioso:

—Vete, vete. Insensato o impostor, te detesto. Y te odio más aún si tus ojos están de verdad abiertos. Quisiera guiar mis dedos sobre tu cara para arrancarlos de sus órbitas. Aléjate de mí; soy ciego.

Me separé de él. Mi piedad se ha disipado y el santo egoísmo se ha alojado en mi corazón. Y ahora admiro la ciudad maravillosa sin cuidarme de la grey miserable que ha merecido su destino.

Arturo Graf

La puerta cerrada

La puerta, toda de hierro, estaba cerrada, y en el muro ciclópeo no se veía otra puerta, y el muro subía tan alto que parecía tocar las nubes. El hombre (¿qué otro nombre podía él tener?) había pasado todo el día esforzándose por abrir o derribar esa puerta, con llaves, con palancas, con mazos, pero todas sus fatigas habían sido en vano y, al final, roto de cansancio, y empapado de sudor y jadeante, se dejó caer bajo un árbol que crecía allí delante y, cruzado de brazos, se quedó mudó e inmóvil. Se apagó el día, se hizo de noche, brillaron las estrellas en la augusta paz de los cielos. Y, poco a poco, el hombre (¿qué otro nombre podía él tener?) sintió reconfortarse sus miembros por aquel

frescor, quietarse el tumulto de su sangre, calmarse su espíritu, y permaneciendo así, con los ojos vueltos hacia las estrellas, cayó en un plácido sueño y durmió hasta el amanecer. Se despertó al canto de un pajarillo que se había posado en las ramas y vio, más allá del muro, encenderse el cielo entero y brillar con purísima luz. Entonces sintió un movimiento en el corazón, como de una fuentecilla que brotase de repente, y, sin saber casi lo que hablaba para sus adentros, con voz suave y profunda dijo: «¡Puerta, ábrete!». Y la puerta, ¡oh maravilla!, se abrió sola de par en par y, más allá, en el fondo del cielo, apareció el sol naciente.